

delidad, Santa bajaba, siempre más abajo, siempre más; no cual si Rubio simplemente la hubiese repudiado del apócrifo hogar, sino cual si dotado por milagro repentino, de una fuerza sobrehumana, la hubiera echado a rodar con empuje formidable por todas las lobregueces de las simas sin fondo de la enorme ciudad corrompida. En ella rodaba Santa, en los sótanos pestilenciales y negros del vicio inferior, a la manera en que las aguas sucias e impuras de los albañales subterráneos, galopan enfurecidas por los oscuros intestinos de las calles, con siniestros glú glú, de líquido aprisionado que en invariable dirección ha de correr aunque se oponga, aunque se arremoline en ángulos y oquedades sospechosas y hediondas, que los de arriba no conocen, aunque brame y espumajee en las curvas y en los codos de su cárcel. Allá van, a escape, por las cloacas y letrinas, más turbias, más ciegas y más inconscientes conforme engrosan más y más caminan... allá van, sin saber a dónde, golpeándose contra insensibles paredes tapizadas de barro y limo que las estrangulan, deforman y encauzan, que casi han de contemplarlas con las cicatrices que las inmundicias han grabado y esculpido tenaz y pacientemente, y que en el antro, simularán ojos condenados a perpetua fijeza, a nunca parpadear, a ver la fuga de las aguas impuras con su iris de lepra y sus pupilas de cieno... Allá va el agua, ignoscible, sin cristales en su lomo, sin frescor en sus linfas; conduciendo detritus y microbios, lo que apesta y lo que mata; retratando lo negro, lo escondido, lo innumerable que no debe mostrarse; arrojando por cada respiradero de reja, un vaho pesado, un rumor congojoso y ronco de cansancio, de tristeza, de duelo... allá va, expulsada de la ciudad y de las gentes, a golpearse contra los hierros de la salida, a morir en el mar, que la amortaja y guarda, que quizá sea el único que recuerde que nació pura, en la montaña; que apagó la sed y fecundó los campos; que fue rocío, perfume, vida...
¡Así Santa! (275-277).

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE JOSÉ MARTÍ

Prof. ERNESTO MEJÍA SÁNCHEZ
Biblioteca Nacional de México, UNAM

LA SUERTE ESTÁ ECHADA, Martí no volverá más la cabeza. La ciudad grande en que halló el amor oculto y la amistad abierta y fragante que lo desvivía ha quedado atrás para siempre. La Estrella Solitaria brilla en su mano como única brújula. Ha dejado los consulados y las correspondencias periodísticas, los discursos conmemorativos y las convenciones. Al poeta mismo lo ha puesto a cerrojo, y esa corriente natural de la pluma no ha podido detenerse. Ahora son los manifiestos, las cartas del corazón, los testamentos, el diario íntimo. Escribe más que nunca y es escritor menos que nunca. Escribe más como que sabe que ya no escribirá más. El alma como un banderín tremolante y laceado se planta en las páginas postreras. Con un fuego cordial que no deja llaga sino que ilumina los más oscuros presentimientos, la pluma de Martí, siempre vehemente, se ha vuelto de una concisión arrebatadora, de freno casi axiomático. Los puntos seguidos y los puntos aparte se prodigan con absoluta necesidad. La prosa va cargada de frases de enigmática economía, como de la Escritura ("Para mí, ya es hora") o del latín de la República ("Palabras, no puedo").

Poco más de un mes ha podido vivir en su tierra más que adorada, o morir bajo el sol que le dio en la cara, como quería. Deja casi un centenar de documentos, entre cartas, recomendaciones y partes militares, escritos en la Isla, en la mesa rústica, bajo ese sol que anhelaba; ahí se quedó la carta inconclusa para el amigo mexicano ("Hay afectos de tan delicada honestidad..."), ahí escribió la última carta del día final, a Máximo Gómez ("No estaré tranquilo hasta no verlo llegar a usted"). Todas las biografías tienden a fracasar en la narración de los días definitivos: cuando no la oratoria de gran broche operático, la literatura de registros patéticos siempre inferior al laconismo tachonado de brasas del propio Martí, que suele citarse al lado con eficacia, pero con desdoro del biógrafo. No culpo a los biógrafos: narrar

la muerte de Martí, que incluye toda su vida de agonía, es como querer aprisionar un gran ocaso del trópico, la transición de la noche y el alba matutina, en las dimensiones de una miniatura, cuando se requiere un anchísimo muro. Y no pedimos profundidad ni movimiento, porque eso ya está dado en el héroe, y de manera acabadísima en sus papeles de 1895, del 19 de mayo mortal al anterior 19 de enero decisivo, en que escribe a Antonio Maceo: "Se hará". Y como él dijo, se hizo.

Hagámoslo nosotros con sus propias palabras. Hable el héroe y no yo; así no se haga patente la desdolorosa comparación. He ordenado cuidadosamente y con cierta intención los papeles de Martí del año 95 para mostrar cómo él fue el mejor biógrafo de su agonía. Sólo arriesgaré palabras ajenas o explicaciones personales, para la cabal inteligencia de los pasajes, pero ellas han sido elegidas adrede prosaicas, para que el desnivel con las de Martí sea obligado y notorio. No me extrañaría que un texto así tuviera la tesitura de un poema. En todo caso, habla el héroe y no yo.

Después del fracaso de Fernandina, Martí oculto todavía en casa del doctor Miranda, escribe a Maceo la carta fechada en Nueva York el 19 de enero de 1895: "Desde la casa amiga, donde sólo aguardo la decisión del gobierno sobre nuestro cargamento para recomenzar inmediatamente: sin pérdida de ayuda ni respeto, nuestra campaña, le escribo con más fe que pesar, para darle rápida cuenta de la contrariedad que, de mano de un cobarde, ha venido a pararnos el brazo... Perdido el viaje triple del *Lagonda*, el *Amadís* y el *Baracoa*... Pero no se ha perdido, por fortuna, el respeto al cubano... Se hará. No veamos a lo pasado. Ud. tendrá un momento de pena, y sonreirá ¿o me he engañado con ese pecho de hermano? ... ¿No es ésta la hora? ¿No es éste su corazón? ¿Necesito hablar? ¿Necesito escribir lo que Ud. lee sin que se lo escriba? ¿No es Ud. hombre capaz de verdadera grandeza? ¿Tibieza alguna, flojedad alguna, vacilación alguna, nos aflojarán la mano...?"

Diez días después redacta la orden del levantamiento general en la Isla. El 31 de enero se embarca en el *Athos* para Santo Domingo, para unirse con Gómez. Nueva carta a Maceo, para acicatearlo. Otra carta de despedida para Rafael Serra: "No se canse de defender, ni de amar. No se canse de amar". A bordo del *Athos*, 2 de febrero, escribe a su hijita, a María Mantilla, su "niña querida", su Mariensa: "Tu carita de angustia está todavía delante de mí, y el dolor de tu último beso. Los dos seremos buenos, yo para merecer que me vuelvas a abrazar, y tú para que yo te vea siempre tan linda como te vi entonces. No tengas nunca miedo a sufrir. Sufrir bien, por algo que lo merezca, da juventud y hermosura... Los libros se habrán quedado en Central Valley, y yo lo he de sentir, sobre todo si se quedó allá el Larousse, que ahora te servirá en un trabajo de cariño que quiero que hagas, para ver

si te acuerdas de mí, y es, que vayas haciendo como una historia de mi viaje, a modo de diccionario, con la explicación de los nombres curiosos de este viaje mío. *Atlas*, por ejemplo, es el nombre de la compañía de estos vapores: busca *Atlas* y, escribe lo que encuentres. *Athos* es el nombre del vapor: busca *Athos*. *Cap Haitien* es el lugar donde vamos ahora; búscalo en el Larousse, y en las geografías. Y así harás un libro curioso, e irás pensando en mí".

El 7 de febrero llegó a Montecristi y el 14 dan comienzo sus *Apuntes de un viaje*. Fueron escritos para sus niñas, María y Carmen Mantilla, y arreglados por ellas, como Martí les pidió: "Mis niñas: Por la fechas arreglen esos apuntes, que escribí para ustedes... No fueron escritos sino para probarles que día por día, a caballo y en el mar, y en las más grandes angustias que pueda pasar hombre, iba pensando en ustedes". La primera semana de Montecristi estuvo forjando y reformando planes con Máximo Gómez. No quedó tiempo para apuntes ni cartas, por lo menos no hay rastros documentales. *14 de febrero*: "Las seis y media de la mañana serían cuando salimos de Montecristi el General, Collazo y yo, a caballo para Santiago: Santiago de los Caballeros, la ciudad vieja de 1507. Del viaje, ahora que escribo, mientras mis compañeros se sanean, en la casa pura de Nicolás Ramírez, sólo resaltan en mi memoria unos cuantos árboles —unos cuantos caracteres, de hombre o de mujer—, unas cuantas frases. La frase aquí se añeja, pintoresca, concisa, sentenciosa, y como filosofía natural. El lenguaje común tiene de base el estudio del mundo, legado de padres a hijos, en máximas finas, y la impresión pueril primera. Una frase explica la arrogancia innecesaria y cruda del país... A los caballos les picamos el paso para que con la corrida se refresquen, mientras bebemos agua del río Yaque en casa de Eusebio; y el General dice esta frase, que es toda una teoría del esfuerzo humano, y de la salud y necesidad de él: 'El caballo se baña en su propio sudor'... Por la sabana de aromas y tunas, cómoda y seca, llegamos, ya a la puesta, al alto de Villalobos... Es la Esperanza, el famoso paso de Colón, un caserío de palma y yaguas en la explanada salubre, cercada de montes... De la Esperanza, a marcha y galope, con pocos descansos, llegamos a Santiago en cinco horas. El camino es ya sombra. Los árboles son altos. A la izquierda, por el palmar frondoso, se le sigue el cauce al Yaque. Hacen arcos, de un borde a otro, las ceibas potentes. Una, de la raíz al ramaje, está punteada de balas. A vislumbres se ve la vega, como chispazo o tentación de serena hermosura, y a lo lejos el azul de los montes". Aquí se ha preferido la descripción del campo y la vida natural, nuevos para el hombre que viene de la gran ciudad cosmopolita. Se han suprimido las visitas y las conversaciones: Arturo, la señora aquella de "sortija en el guante", don Jacinto, Nené, don Jesús, el general Lozano y su hija Ana Vitalina. Al moroso costumbrismo,

al calco y a la observación lingüísticos Martí sobrepone un cálido asombro y conocimiento instantáneo de los hombres, de la vida sencilla y natural.

El 15 de febrero lo pasa en Santiago y el 15 apunta un sueño de lanzas con solución moral en la vigilia, la revelación de la noche por el sueño interrumpido: "Soñé que de dos lanzas que había, sobre la lanza oxidada no daba luz el sol, y era un florón de luz y estrella de llamas la lanza pulida. Del alma perezosa no se saca fuego. Y admiré en el batey, con amor de hijo, la calma elocuente de la noche encendida, y un grupo de palmeras, como recostada una en otra, y las estrellas, que brillaban sobre sus penachos. Era como un arco perfecto y súbito y la revelación de la naturaleza universal del hombre". Al rato le ofrecen un festejo: "Me llevan, aún en traje de camino, al Centro de Recreo, a la sociedad de jóvenes. Rogué que desistiesen de la fiesta pública y ceremoniosa con que me querían recibir; y la casa está como de gala, pero íntima y sencilla. La buena juventud, repartida por las mesas". Describe la fiesta con fruición y traslada una copla popular, "Nos rompió el día (16), de Santiago de los Caballeros a la Vega, y era un bien y del alma, suave y profundo, aquella claridad. A la vaga luz, de un lado y otro del ancho camino, era toda la naturaleza americana; más gallardos pisaban los caballos, en aquella campiña floreciente, coreada de montes a lo lejos, donde el mango frondoso tiene al pie la espesa caña; el mango estaba en flor y el naranjo maduro, y una palma caída, con la mucha raíz e hilo que la prende aún a la tierra, y el coco, corvo del peso, de penacho áspero, y el seibo, que en el alto cielo abre los fuertes brazos, y la palma real". Estamos a un paso del verso, y algunas frases ya lo son. El 17 de febrero queda en blanco y el 18 va conversando sobre cosas de la tierra, apunta una anécdota de Céspedes, cena con don Jesús y sus hijas llenas de flores, y el 19 va a casa de doña Ceferina Chávez, la de sortija sobre el guante, buena burguesa que le ofrece "por la mano de su hija, el vino dulce". Mala noche, insomnio. "Duerme mal el espíritu despierto. El sueño es culpa mientras falta algo por hacer. Es una deserción. Hojeo libros viejos". Es la impaciencia del corazón. Quizás esa noche escribió la carta de la misma fecha, a su Mariensa: "Anoche, a las cuatro de la madrugada, estaba en el batey, como aquí llaman al patio de las casas de campo, al claro desyerbado que rodea la casa de la vivienda; en el cielo, de un azul que parecía vivo, estaban encendidas las estrellas; la luna recortada, y como de un fuego suave, iluminaba de arriba un mazo de palmas: las hojas de las palmeras se mecían suavemente, en el claro silencio: Yo pensaba en ti. . . Estás lejos, entusiasmada con los héroes de colorín de teatro y olvidada de nosotros, los héroes verdaderos de la vida, los que padecemos por los demás, y queremos que los hombres sean mejores de lo que soy". Al lado de la fecha y como *post-*

scriptum le recuerda el trabajo encargado: "Busca para tu diario *Santiago y batey*".

El diario se interrumpe. Vuelto a Montecristi, espolea otra vez el corazón de Maceo, 26 de febrero: "Al General escribo hoy, aún más que al amigo: la guerra, a que estamos obligados, ha estallado en Cuba. . . recibo de Nueva York la confirmación de su declaración de Ud. —que a quien le conociese menos que yo parecería un obstáculo, injusto e imprevisto, pero que para mí no lo es. El patriotismo de Ud. que vence a las balas, no se dejará vencer por nuestra pobreza—, por nuestra pobreza, bastante para nuestra obligación. . . Cuba está en guerra, General. Se dice esto, y ya la tierra es otra. Lo es ya para Ud. y lo sé yo. Que Flor (Crombet), que lo tiene todo a mano, lo arregle todo como pueda. . . Esta es la ocasión de la verdadera grandeza. De aquí vamos como lo decimos a Ud. que vaya. Y yo no me tengo por más bravo que usted, ni en brío del corazón, ni en la magnanimidad y prudencia del carácter. Allá arréglense, pues, ¡y hasta Oriente!"

El mes de marzo se inicia con una carta brevísima a Fernando Figueredo y a Teodoro Pérez: "A los dos junto en un abrazo, desde este silencio forzoso, y no inactivo. Es sólo fe de vida, y de que al borde de la tierra no olvido a mis dos hermanos de labor. ¿Olvidarlos? Ahora es mayor la obligación, por que ya es sangre, y en la hora de ella siento necesidad más viva de su ternura, y de demostrarles la mía. De acá, sólo les puedo decir que todo lo humano queda hecho, y que para mí no hay derrota. Prudencia y sacrificio y martirio sí, derrota, no". El diario consigna las actividades de esos días: "Salimos de Dajabón, del triste Dajabón, último pueblo dominicano, que guarda por el norte la frontera. . . Se pasa el río Massacre y la tierra florece. Allá las casas caídas, y un patio u otro, y el suelo seco o un golpe de árboles que rodea el fuerte de Bel-Air, de donde partió, cuando la independencia, el disparo que fue a tapar la boca del cañón de Haití; y acá, en la orilla negra todo es mango enseguida, y guanábana, y anón, y palma, y plátano, y gente que va y viene. . . va cantando. *Bon jour, comère; Bon jour compère*. . . Los altos uniformes ven desde el balcón. El cónsul dominicano pone el visto bueno al pasaporte, 'para continuar, debiendo presentarse a la autoridad local', y me da una copa de vino de garnacha. Corona llega caracoleando; quita y pon de fieltros, y de la cachucha consular; salimos con el oro de la tarde. . . Ouanaminthe, el animado pueblo fronterizo, está alegre, porque es sábado, y de tarde. Es el primer caserío haitiano, y ya hay vida y fe. Se sale del poblado saludando al cónsul dominicano en Fort Liberté, un brioso mulato, de traje azul y sombrero de panamá, que guía bien el caballo blanco, sentado en su montura de charol. . . (2 de marzo) Ya después de las diez (de la noche), entro en Fort Liberté, solo. De lejos venía

oyendo la retreta, los ladridos, el rumor confuso... En la oscuridad desensillo mi caballo, y lo amarro a una higuera. La gallera está llena de hamacas... De cena, dulce de maní y casabe... Y cuando me llevo al buen hombre a un rincón y le pregunto temeroso lo que le debo, me ase por los dos brazos y me mira con reproche: *Comment, frère? On ne parle pas d'argent, avec un frère.* Y me tuvo el estribo, y con sus amigos me siguió a pie, a ponerme en la calzada... Vadeé un riachuelo, que al otro lado tiene un jabillal, de fronda alta y clara, por donde cae, arrasando hojas y quebrando ramos, la jabilla madura que revienta... Como un cestón de sol era Petit Trou aquel domingo... La fiesta está en el sol, que luce como más claro y tranquilo, dorándolo todo de un oro como de naranja... El aire mueve en las ventanas las cortinas. Adiós. Sonríe el amo, solícito a mi estribo... Por los fangales, que eran muchos, creí haber perdido el camino. El sol tuesta, y el potro se hala por el lodo espeso. De la selva, a un lado y otro, cae la alta sombra. Alrededor, fango y selva sola... En un crucero, con el río a la bajada, está de un lado, donde se abre la vía, un Cristo de madera..." El 3 de marzo lo pasa entre libros franceses en casa de Ulpiano Dellundé; también fue "a la mísera barbería de Martínez, en la calle de la Playa": hombre limpio y charlador, hace buenas migas con Martí.

4 de marzo. Y abrí los ojos en la lancha al canto del mar. El mar cantaba. Del Cabo salimos, con nubarrón y viento fuerte, a las diez de la noche; y ahora, a la madrugada, el mar está cantando... La larga música, extensa y afinada, como el son unido de una tumultuosa orquesta de campanas de platino. Vibra igual y seguro el eco resonante. Como en ropa de música se siente envuelto el cuerpo. Cantó el mar una hora, más de una hora. La lancha piafa y se hunde, rumbo a Montecristi". El 5 de marzo no escribió. El 6 hizo dos apuntes rápidos y certeros: el barbero y su barbería y la negra dominica "que pasa triunfante, quemando con los ojos... en la calle llena del sol del domingo". El diario vuelve a interrumpirse hasta reaparecer a fines de marzo, pero de mediados del mes se conserva una carta para "Carmita buena", del 18, fechada en Montecristi: "Manuel se me va, y con él como una raíz de mi corazón: con él aquí, me parecía que estaba [ustedes] aún cerca de mí, y me defendía de mis penas: ahora él se va, y me han de pesar mucho, para que sus pensamientos vengán volando a defenderme. Me quedo muy solo; y mi alma extraña, por su misma capacidad para sufrir, enoja a los hombres, y los invita a angustiármela y herirla... En otro tiempo, cuando los hombres peleaban de lanza y casco en los torneos, rodeados de gente, como ahora pelean a lengua y pluma, el orgullo del caballero, que de veras iba a caballo, era el lazo a la banda de colores que le había dado su hermana, o su novia, o su amiga: y yo llevo así tu carta conmigo, como

los caballeros de antes el lazo de colores. Sobre carta así, resbalan las balas. Tú me volverás a ver. Aún me queda mucho que sufrir".

El 25 de marzo lo pasó Martí con la pluma en la mano. Es la fecha del Manifiesto de Montecristi ("El Partido Revolucionario Cubano a Cuba"), de su testamento político (Carta a Federico Henríquez y Carvajal), de las cartas de despedida para su madre y para Carmen y María Mantilla. Si consideramos la extensión del primer Manifiesto, la profundidad sintética de su ideario, cualquiera está en su derecho al creer que no fue redactado todo ese propio día. La fecha puede ser no más la de las firmas de Martí y Máximo Gómez. La fecha en que se hace público el documento. Es humano pensar que la redacción del Manifiesto —y nadie ha dudado siquiera de la paternidad martiana que las ideas y el estilo están girando— explica la suspensión de los *Apuntes* y el exiguo número de cartas inmediatamente anterior a la fecha. Nadie pondrá en duda tampoco la capacidad de Martí para redactar el Manifiesto en un solo día, pero la firma de Gómez al pie necesitaba que se consultaran con él muchos puntos del documento. No sabemos cuántos borradores consultados fueron necesarios para dar con la forma definitiva que a satisficiera las dos firmas. No quiero hacer la ofensa de leer el Manifiesto, texto de valor histórico y político universal, sólo recordar algunas frases típicas del pensamiento de Martí: "saneamiento y emancipación del país para bien de América y del mundo... no se ha de ensangrentar sin razón ni sin justa esperanza de triunfo los propósitos precisos, hijos del juicio y ajenos de la venganza... y llegará a su victoria racional, la guerra inextinguible que hoy lleva a los combates... La guerra no es contra el español... terminante voluntad de respetar y hacer que se respete al español neutral y honrado... Punible ignorancia y alevosía fuera desconocer las causas... de los trastornos americanos, venidos del error de ajustar a moldes extranjeros, de dogma incierto o mera relación a su lugar de origen, la realidad ingenua de los países que conocían sólo de las libertades el ansia de las conquistas y la soberanía que se gana por pelear por ellas... Un pueblo libre, en el trabajo abierto a todos, enclavado a las bocas del universo rico e industrial... Sólo los que odian al negro ven en el negro odio... En el pecho antillano no hay odio, y el cubano saluda en la muerte al español... Al acero responda el acero, y la amistad a la amistad... Desde sus raíces se ha de constituir la patria con formas viables y de sí propia nacidas, de modo que un gobierno sin realidad ni sanción no la conduzca a las parcialidades o a la tiranía... Conocer y fijar la realidad; componer en molde natural la realidad de las ideas que producen o apagan los hechos y la de los hechos que nacen de las ideas; ordenar la revolución del decoro, el sacrificio y la cultura de modo que no quede el decoro de un solo hombre lastimado... la confirmación de

la república moral en América y la creación de un archipiélago libre donde las naciones respetuosas derramen las riquezas que a su paso han de caer sobre el crucero del mundo". Es imposible citar menos, pero no pueden quedar fuera otros escritos del mismo día: la carta a Federico Henríquez y Carvajal y las otras dos cartas del corazón. Al primero le dice: "De la preocupación real de mi espíritu, porque usted me la adivina entera, no le hablo de propósito; escribo, conmovido, en el silencio de un hogar que por el bien de mi patria va a quedar hoy mismo acaso, abandonado. Lo menos que, en agradecimiento de esa virtud puedo yo hacer, puesto que así más ligo que quebranto deberes, es encarar la muerte, si nos espera en la tierra o en el mar, en compañía del que, por la obra de mis manos, y el respeto de la propia suya, y la pasión del alma común de nuestras tierras, sale de su casa enamorada y feliz a pisar, con una mano de valientes, la patria cuajada de enemigos. De vergüenza me iba muriendo —aparte de la convicción mía de que mi presencia hoy en Cuba es tan útil por lo menos como afuera— cuando creí que en tamaño riesgo pudiera llegar a convencerme de que era mi obligación dejarlo ir solo, y de que un pueblo se deja servir, sin cierto desdén y despego, de quien predicó la necesidad de morir y no empezó por poner en riesgo su vida. Donde esté mi deber mayor, adentro o afuera, allí estaré yo. . . Yo evoqué la guerra; mi responsabilidad comienza con ella, en vez de acabar. Para mí la patria no será nunca triunfo, sino agonía y deber. Ya arde la sangre. Ahora hay que dar respeto y sentido humano, y amable, el sacrificio; hay que hacer viable, inexpugnable la guerra; si ella me manda, conforme a mi deseo único, quedarme, me quedo en ella; si me manda, clavándome el alma,irme lejos de los que mueren como yo sabría morir, también tendré ese valor. Quien piensa en sí, no ama a la patria. . . Yo alzaré el mundo. Pero mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador; morir callado. Para mí, ya es hora. Pero aún puedo servir a este único corazón de nuestras repúblicas. Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo".

Restan las cartas breves, que no tienen pérdida de palabra: "Madre mía: hoy, 25 de marzo, en vísperas de un largo viaje, estoy pensando en Ud. Yo sin cesar pienso en Ud. Ud. se duele, en la cólera de su amor, del sacrificio de mi vida; y ¿por qué nací de Ud. con una vida que ama el sacrificio? Palabras, no puedo. El deber de un hombre está allí donde es más útil. Pero conmigo va siempre, en mi creciente y necesaria agonía, el recuerdo de mi madre. . . Ahora, bendígame, y crea que jamás saldrá de mi corazón obra sin piedad y sin limpieza. La bendición. No son inútiles la verdad y la ternura. No padezca. La despedida a su María y a su Carmita dice así: 'Salgo

de pronto a un largo viaje, sin pluma ni tinta, ni modo de escribir en mucho tiempo. Las abrazo, las abrazo muchas veces sobre mi corazón. Una carta he de recibir siempre de Uds. y es la noticia que me traerán el sol y las estrellas, de que no amarán en este mundo sino lo que merezca amor. . .'"

Reaparece Martí en el diario, con una aparente calma de naturalista, 29 de marzo. Se ha desembarazado de las penosas despedidas y su destino es como nunca más seguro. "De sobremesa se habló de animales", de sus extrañas costumbres y su inteligencia. Por la tarde, seguramente, fue a la playa, y oyó cantar una canción. El 10. de abril escribe a sus hijos: a Pepe el "Ismaelillo" y a Gonzalo de Quesada. Vuelve al diario la poesía, vísperas del viaje. "Hijo: esta noche salgo para Cuba: salgo sin ti, cuando debieras estar a mi lado. Al salir, pienso en ti. Si desaparezco en el camino, recibirás con esta carta la leontina que usó en vida tu padre. Adiós. Sé justo". La carta a Gonzalo de Quesada es la conocida como su testamento literario. "Gonzalo querido: De mis libros no le he hablado. Consérvelos; puesto que siempre necesitará la oficina —y más ahora—, a fin de venderlos para Cuba en una ocasión propicia, salvo los de Historia de América, o cosas de América —geografía, letras, etc.— por si salgo vivo o me echan, y vuelvo con ellos a ganar el pan. Todo lo demás lo vende en una hora oportuna. Ud. sabrá cómo. . . ¿Qué habré escrito sin sangrar, ni pintado sin haberlo visto antes con mis ojos? . . . De Cuba, ¿qué no habré escrito? Y ni una página me parece digna de ella: sólo lo que vamos a hacer me parece digno. . . Y falló aquel día la esperanza —el 25 de marzo. Hoy, 10. de abril, parece que no fallará. . . En la cruz murió el hombre en un día; pero se ha de aprender a morir en la cruz todos los días. Martí no se cansa, ni habla. . . No quisiera levantar la mano del papel, como si tuviera la de Ud. en las mías; pero acabo, de miedo de caer en la tentación de poner en palabras cosas que no caben en ellas". Todo está preparado para hoy, 10. de abril. "A paso de ansia, clavándonos de espinas, cruzábamos, a la media noche oscura, la marisma y la arena. A codazos rompemos la malla del cambrón. El arenal, calvo a trechos, se cubre a manchones del árbol punzante. La luz como el sudario, al cielo sin estrellas, la arena desnuda; y es negror lo verde. Del mar se oye la ola, que se exhala en la playa, y se huele la sal". "El 2, el 3, va en la goleta *Brothers*, rumbo a Cabo Haitiano, recordando versos, apuntando el vuelo de los flamencos o reflexionando sobre la ingratitud y la virtud. El 4 arribaron a Inagua. El patrón de la goleta los traiciona, se niega seguir adelante. El 5 de abril llegó el vapor frutero *Nordstrand*. Hay que aprovecharlo. El 6 Martí copia unos versos de Goethe de la litera del capitán. El mismo día llegaron a Cabo Haitiano y se dispersan en la población sin ser notados. El 7 de abril escribe Martí en su diario:

“Por las persianas de mi cuarto escondido me llega el domingo del Cabo. El café fue ‘caliente, fuerte y claro’. El sol es leve y fresco. Chacharea y pelea el mercado vecino. De mi silla de escribir, de espaldas al cancel, oigo el fustán que pasa, la chancleta que arrastra... Es Domingo de Ramos”. El 8 pasa leyendo sobre los indios americanos, alguna novela histórica sobre la conquista de México, libros que ha mandado traer “a la librería de la esquina... Y el librero, el caballero negro de Haití, me manda los libros y los dos pesos”. Medita sobre la resistencia del indio y especula sobre su originalidad. Vienen los versos sin llamarlos. “El verso caliente me salta de la pluma. Habla todo en mí, lo que no quiero hablar, ni de patria, ni de mujer. ¡A la patria más que palabras!” Ahí en Cabo Haitiano, al día siguiente, 9 de abril escribe “a mi María”: “Aquí estoy en Cabo Haitiano, cuando no debía estar aquí. Creí no tener modo de escribirte en mucho tiempo, y te estoy escribiendo. Hoy vuelvo a viajar, y te estoy otra vez diciendo adiós... Tengo la vida a un lado, y la muerte a otro, y un pueblo a las espaldas; y vé cuántas páginas te escribo... Y si no me vuelves a ver, haz como el chiquitín cuando el entierro de Frank Sorzano: por un libro —el libro que te pido—, sobre la sepultura. O sobre tu pecho, porque ahí estaré enterrado yo, si muero donde no lo sepan los hombres”. El *Nordstrand* sale para Inagua y arriba el 11 al amanecer. Se hace al mar otra vez por la tarde y por la noche, izados en un bote son echados a las olas, para tocar por fin tierra cubana, la playa de Playitas. Antes del desembarco escribió la carta para Bernarda Toro de Gómez, la esposa del General que lo acompaña: “Yo sólo quiero que estas letras mías le lleguen como prueba de que en las penas que pueda reservarnos este mundo, tienen Uds. por donde quiera que ande yo en pie, vigilante compañero... No siento como quien va a correr riesgo, sino como el trabajador, que sale alegre a su trabajo, y trabajará todo el día, y luego vuelve a su casa, al lado de sus hijos y su mujer... Sientan en las tuyas el calor de mi mano. Y por Ud... aunque no fuera por él, querré y miraré siempre al compañero de su vida”. Por fin escribe desde Cuba, Jurisdicción de Baracoa, a 16 de abril: “En Cuba escribo, a la sombra de un rancho de yaguas. Ya se me secan las ampollas del remo con que halé a tierra el bote que me trajo. Eramos seis, llegamos a una playa de piedras y espinas, y estamos salvos, en un campamento, entre palmas y plátanos, con las gentes por tierra y el rifle a su lado... ¡Ah!, si me vieran por esos caminos contento y bien cargado, con mi rifle al hombro, mi machete y revólver en la cintura, a un hombro una cartera con cien cápsulas, al otro, en un gran tubo, los mapas de Cuba, y a la espalda mi mochila con sus arrobas de medicinas y ropa y hamaca y frazada y libros...” El mismo 16 escribió a Tomás Estrada Palma, a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra:

“En Cuba libre les escribo, al romper el sol del quince de abril, en una vega de los montes de Baracoa. Al fondo el rancho de yaguas, en una tabla de palmas, sobre cuatro horquetas, me he venido a escribir... Maceo y Flor van delante... ‘General’, me llamaba nuestra gente desde que llegué, y muy avergonzado con el inmerecido título... al caer la tarde vi bajar hacia la cañada al general... había acordado en consejo de jefes... nombrarme en atención a mis servicios y a la opinión unánime que lo rodea, Mayor General del Ejército Libertador... Hemos dormido en cuevas, y al monte claro... A porfía ahora se nos muestra cariño. Uno trae su boniato amarillo, o su cabo de salchichón, o su plátano asado; otro me brinda su agua hervida con hojas de naranja y miel de abeja. Otro me regala, porque oyó decir que la tomé con gusto en el camino, una naranja agria...” La carta más próxima es del 26 de abril, cerca de Guantánamo la fecha: “En el rancho de un campesino escribí mi primera carta, hace unos doce días, en que contaba nuestra llegada feliz, el desembarco de los seis en un bote, y yo de remero en la lluvia oscura, y la hermandad y la alegría de los cubanos alzados que salieron a recibirnos. Ahora escribo en la zona misma de Guantánamo, en la seguridad y alegría del campamento de los trescientos hombres de Maceo y Garzón, que salieron a recibirnos aquí... Por el momento veníamos muy seguidos ya por la tropa española... y estalló a pocos pasos el gran tiroteo de las doce horas: allí cruzaron por nuestras cabezas las primeras balas; momentos después, rechazado el enemigo, caímos en brazos de nuestra gente... Yo me acosté a las tres de la mañana, curando a los heridos... Organizamos y seguimos rumbo: el alma es una; algunas armas cogidas al enemigo. Yo escribo en mi hamaca, a la luz de una vela de cera, sujeta junto a mis rodillas por una púa clavada en tierra. Mucho tengo que escribir... Y no les he dicho que esta jornada valiente de ayer cerró una marcha a pie de trece días continuos, por las montañas agrias y ricas de Baracoa, la marcha de los seis hombres que se echaron sin guía, por la tierra ignorada y la noche, a encararse triunfantes contra España... No soy inútil ni me hallo desconocido en nuestros montes... (28 de abril) Son las nueve de la noche, toca a silencio la corneta del campamento y yo reposo del alegre y recio trabajo del día escribiendo... está serena afuera la noche de este día en que no vi el sol cuando las fuerzas formadas quisieron oír hablar al que con un cariño que en este rechazo, llaman “el Presidente”. Mi alma es sencilla. En vez de aceptar, siquiera en lo íntimo de la conciencia soberbia, este título con que desde mi aparición en estos campos me saludaron, lo pongo aparte, y ya en público lo rechacé, y lo rechazaré oficialmente... (30 de abril, a Benjamín Guerra y Gonzalo de Quesada) En la sombra de una segunda noche de continua vela, y en las ancas de una batalla

victoriosa sobre las fuerzas mejores e insolentes de Guantánamo, les escribo. . . Ya no hay Flor: cayó de un balazo en el pecho; y Frank Agramonte y cinco más están presos en Guantánamo. Pero José Maceo, a los tres días de llegar de su soledad de once días en los pinares fríos, revuela y despedaza las escuadras. Antonio Maceo no sabe cómo darse mano a ordenar sus 6,000 hombres. Y nosotros a caballo, recogiendo y sembrando. . . Ahora, a vivo medio día, los pájaros cantan, los ayudantes discuten planes y calculan fuerzas en el colgadizo; al pie de un anoncillo, que se ve por el sol de mi puerta, sentados en piedras o echados de bruces, habla un grupo de rifle y canana, sobre balas y heridos. . . Así es Cuba, amigos, y por eso podemos ser libres. . . Aquí debo acabar. Suenan la corneta. . .”

Del 2 de mayo es su carta al *New York Herald*: “Cuba quiere ser libre para que el hombre realice en ella su fin pleno, para que trabaje en ella el mundo, y para vender su riqueza escondida en los mercados naturales de América. . . Nada piden los cubanos al mundo, sino el conocimiento y respeto de sus sacrificios, y dan al Universo su sangre”. El mismo día escribió a “Gonzalo y Benjamín queridos”, y ya en Altagracia, el 9 de mayo, a su Carmita: “Vamos a Masó, venimos de Maceo. ¡Qué entusiasta revista la de los 3,000 hombres de a pie y a caballo que tenía a las puertas de Santiago de Cuba!, 100 hombres apiñados respiran en el casuco donde escribo, con la vela en un jarro. He de acabar. . . Todos duermen a mi alrededor; (yo) velo”. El 12 de mayo escribió a Rafael Portuondo. El 18 al amigo mexicano: “ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber. . . de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. . . Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas: —y mi honda es la de David. . . Y ahora, puesto delante lo de interés público, le hablaré de mí, ya que sólo la emoción de este deber pudo alzar de la muerte apetecida al hombre que, ahora que (Gutiérrez) Nájera no vive donde se le vea, mejor lo conoce y acaricia como un tesoro en su corazón la amistad con que Ud. lo enorgullece. Ya sé de sus regaños, callados, después de mi viaje. . . Hay afectos de tan delicada honestidad. . .” Parece probable que Martí interrumpió la carta a la llegada del General Masó al campamento de Dos Ríos. El 19 de mayo, muy temprano, escribió a Gómez la última carta, ciertamente un parte militar: “General: Como a las cuatro salimos, para llegar a tiempo a la Vuelta, a donde pasó desde las diez la fuerza de Masó, a acampar, y reponer su muy cansada caballería: desde anoche llegaron. No estaré tranquilo hasta no verlo llegar a Ud. Le llevo bien cuidado su jolongo. . .”

La historia y las biografías han recogido los detalles del combate de Dos Ríos en que Martí encontró la muerte. Pero nadie ha recibido la ciega incredulidad con que la prensa hispanoamericana recibió la noticia. ¡Martí no ha muerto! dice toda la prensa del continente. Ni el responso de Darío en *La Nación* de Buenos Aires podía convencer a nadie. Ni la nota necrológica de Amado Nervo en la prensa mexicana. Sólo cuando su propio periódico, *Patria* de Nueva York, aceptó tardíamente la noticia increíble, Martí comenzó el ascenso a la verdadera inmortalidad. El “Himno de las Torres” de Leopoldo Lugones, de 1897, ya lo incluye en el Olimpo de “las sombras heroicas”: “Grandes estaturas, grandes espadas, grandes cuerpos con almas como espadas dentro —y coronas: Kosciusko, Dantón, Louverture, Bolívar, Martí, Garibaldi, Kanarís, Riego, San Martín, Lincoln, Nana-Sahib, Juárez y los Quince Mil Rojos de París”. *Martí, novela histórica*, se publicó anónimamente por “Un Patriota”, en La Habana, 1901. En 1929, en Madrid, apareció la *Mitología de Martí*, de Hernández Catá. Los títulos elegidos son significativos: indican que Martí, como dijo la prensa hispanoamericana, no ha muerto. Pero sería pobre creer que la inmortalidad de Martí se afinsa solamente en los libros; Martí quería que su muerte fuera semilla de su pueblo, quería morir y renacer en Cuba y para Cuba. Cada aniversario de su muerte, Cuba renace de sus despojos. Cada día del año Martí está renaciendo en su pueblo. Cada hijo del pueblo es hijo de Martí.